





ZAPATOS ROJOS



José Luis Garbajosa

ZAPATOS ROJOS



Primera edición: enero de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Luis Garbajosa

ISBN: 978-84-18544-12-5

ISBN digital: 978-84-18544-13-2

Depósito legal: M-755-2021

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Este libro quiero dedicarlo especialmente a todos
«los mayores» que con sus enseñanzas
y ejemplo ayudaron a formar mi carácter.
A mis compañeros, que me hicieron ver que con tesón
y esfuerzo se llega al trabajo bien hecho.
A mi «rubi» por estar todavía a mi lado.*



CAPÍTULO I

LA LEYENDA

Primeros días de curso, acabado el horario escolar y antes de acometer la tarea del colegio. Por delante varias horas de luz para estimular y activar el ejercicio físico, bien por un partidillo de fútbol, bien por una partida de bolas, canicas, o cualquier otra actividad compartida por niños y niñas.

Con sus inseparables amigos Dani y Carlos, ensimismado en el juego, a veces de forma distraída, espabilaba al oír:

—Venga, Luis, que te toca.

El otro apostillaba:

—¿En qué estás pensando?

—¡No, en nada!, ¡no sé!

—Estás fatal. Venga, tira, que te toca y no hay distancia.

—*Atontaooo*, ¡que solo has hecho media! Te falta cuarta, pie y gua.

—Pues ahí la tenéis y... ¡en el gual!

—*Ofí*, qué suerte tiene este tío —murmuraban en voz baja.

De pronto, entre el murmullo de los pájaros al atardecer, se oye la voz de una madre.

—Venga, cada uno a su casa, que ya es tarde.

¡A recoger se ha dicho! Empezando el camino cada uno con su taleguita, donde guardaban las bolas de las partidas.

—Hoy he ganado cinco.

—Y yo tres.

—Pues yo también he ganado tres.

Total, que ninguno perdía y así todos los días.

—Dani, mañana te traes la pelota para el recreo y Luis los cromos de las cajas de cerillas, que hoy todo lo he puesto yo.

—Valeee —respondieron.

Hecha la tarea del colegio, ya anocheciendo, aunque no muy tarde, a través de la ventana se veían las chispas que salían de la candela del guarda. Acababa de encenderla como siempre en su cubo de chapa, a muy poca distancia de su casa, para vigilar las obras que empezaban en otras calles. Luis, dirigiéndose a su madre, le decía:

—Mamá, mientras preparas la cena estoy con el guarda en su candela.

—Bueno, pero que no tenga que llamarte dos veces.

—Vale.

Al momento salió corriendo en dirección a la luz que se percibía de la candela.

—Hola, Sr. Pacheco.

—Hola, amigo. ¿Saben tus padres que estás aquí?

—Sí, se lo he dicho a mi madre y me ha dejado salir con Vd.

—Eso está bien, no salgas nunca sin que ellos lo sepan. Toma, pon esta madera encima de los ladrillos para que no se te enfríe el culo, que ya mismo está la candela bien encendida. Venga, arrímate un poco.

—Y Vd., ¿no se sienta?

—Sí, pero antes me pondré la pelliza para que no se me enfríe la espalda.

Su amigo, de forma tranquila, se acomodó la pesada pelliza de espeso pelaje en el cuello tapándose hasta las orejas, agitando la cabeza de un lado a otro varias veces hasta acomodar el pelaje de la misma, sentándose a continuación sobre una loneta varias veces doblada encima de unas tablas sobrantes del entibado de las obras. Pertrechado con su haz de ramas de palma, el canasto de la comida y su palito con dos puntas a modo de tenedor, ya curtido por el fuego de anteriores ocasiones.

Una vez calientes las manos y con su haz de palma al lado, se dedicaba a trenzar metros y metros de tomiza para luego tejer asientos de sillas y otras muchas utilidades como escobas, capachos, etc. Así pasaba la noche entre ronda y ronda de vigilancia.

—Bueno, mi pequeño amigo. ¿Cómo te ha ido hoy el colegio?

—Bien, señor Pacheco, lo he terminado todo y también la tarea.

—Eso está muy bien, pero dime otra cosa, ¿qué travesuras habéis tenido los tres mosqueteros?

—Ninguna, hemos jugado y ya está, solo ocurre una cosa, Sr. Pacheco.

—¿Y qué cosa es esa?

—Nada, que parece un poco raro lo que ocurre cuando jugamos a las bolas, al final resulta que ganamos todos; entonces, ¿quién pierde?

—Así, aparentemente, ocultando la realidad siempre ganaréis todos. Pero si cada uno de vosotros pintaseis las bolas de diferente color, al final del juego los que ganen tendrán en su poder bolas de los otros, sabiendo por su color a quién pertenecía. Ahora dime, ¿qué quieres hacer?

—Verá, ayer Vd. empezó a contar una cosa de un cerro que alguien viniendo de muy lejos preguntaba por él.

—¡Ah, sí! ¿Quieres que siga?

—Sí, por favor.

—Pues verás, mi pequeño amigo, bueno, ya no tan pequeño.

—Sí, Sr. Pacheco, pero cuénteme.

—Dice una leyenda que un señor muy mayor de otro país llegó a nuestra estación de ferrocarril en Vva. del Río y Minas una mañana y que, en el andén, una vez el tren siguió su camino él miraba y miraba a su alrededor. Sobre todo, a los montes que rodean la estación y que, esforzándose en hablar nuestro idioma, preguntaba y preguntaba.

»Situado en el centro de la estación, su imagen no pasaba desapercibida y aunque se movía torpemente y encorvado, se apreciaba que era alto, muy fuerte y curtido. Parecía muy viejo, con la barba larga y totalmente blanca, ataviado con un gorro redondo bastante pequeñito, una bata o túnica muy larga que le llegaba hasta los pies, de donde le sobresalían unas inmensas sandalias puntiagudas.

»Siendo manifiesta su torpeza, se le veía decidido en sus movimientos. Sus pequeños ojos entreabiertos desprendían un brillo poco común.

—¿Y cómo llegó hasta aquí?

—Pues llegó en un tren del que él sabía que saliendo de Sevilla pasaba por Oducia y cruzando el río grande llegaba a Vva. del Río y Minas.

—¿Qué es Oducia?

—Buena pregunta, Luis. Oducia es el nombre original romano del pueblo que hoy es Tocina.

—Y ¿por qué tiene ahora otro nombre?

—Eso no te lo puedo decir, no lo sé, tal vez dentro de poco pueda enterarme y te lo haré llegar.

—¿Cómo sabía ese señor todo eso?

—Él portaba un plano muy viejo hecho en piel con unos trazos, ya muy gastado. Preguntaba de forma repetida por un cerro de nombre Almugí del que nadie sabía ni conocía.

—Entonces..., ¿se fue?

—¡No!, ¡qué val!, de ninguna de las maneras. Insistía e insistía, hasta que alguien de la estación le indicó que fuese un centenar de metros más abajo hasta la oficina de Correos y preguntase. Dada la torpeza por su edad, le acompañaron hasta la misma oficina, donde le dijeron que una persona más instruida le ayudaría.

—Dígame, señor, qué desea.

—Almugí, ¿dónde está cerro Almugí?

—El empleado no supo contestarle, pero ante tanta insistencia en enseñar su viejo mapa, pidió ayuda al encargado, quien, no permaneciendo ajeno a la conversación, le atendió lleno de curiosidad.

—Mire, señor, eso que Vd. pregunta no existe por aquí.

—Sí, sí, es aquí —respondió.

—Yo no conozco ni identifico nada de lo que me dice, señor.

—Sí, sí, desde un alto con mucha piedra se veía lejos.

Invitándole a salir, unos metros más abajo, ya en la plaza, le ayudó a sentarse en un banco diciéndole:

—Por favor, espere un momento. Le preguntaré a un señor mayor que es cazador y conoce toda la zona, normalmente se reúnen en aquel bar.

—Muy bien, señor, espero.

Escudriñando en la lejanía con la mano en forma de visera, miraba y miraba coincidiendo siempre en un mismo punto. De pronto y acompañado por el encargado de la oficina de Correos, se presentó un señor también de piel muy curtida y complexión fuerte preguntándole:

—Hola, buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle?

El viejo, dando un respingo, le contestó:

—*Salam aleikum*, mire, aquí tengo el mapa, señor. Vengo buscando cerro Almugí. Estaba en alto, dominando el valle, y tenía un muy grande castillo en todo el cerro. Por detrás, un barranco con río y dos montes a los lados; está aquí, entre los dos, yo sé que es aquí.

—¿Cómo puede saberlo y estar tan seguro?

—Él hizo este pequeño plano cuando marchó por el río grande, hace ya mucho, muuuucho tiempo.

—Mire, señor —dijo el cazador—, yo conozco un cerro en medio de dos montes con restos de un antiguo castillo donde hay varias cuevas llenas de historias y leyendas. Ese cerro se llamaba Monte Horcaz, conocido ahora como Cerro de la Encarnación, y sí, desde su loma hay unas vistas magníficas de todo el valle, destacando a sus pies el río Guadalquivir y Oducia.

Según se podía malinterpretar de aquel plano hecho en piel, posiblemente de algún objeto para transportar cosas y señalado a fuego por algo candente, al fondo de aquel grabado aparecía otro pueblo más grande que podría ser Carmona.

—Yo sé que aquí es, llevo mucho tiempo, no he podido antes, pero ahora sí, ahora sé. ¡Es aquí!

—Venga conmigo, señor, le llevaré a la salida del río Parroso en dirección a Cantillana. Desde ese lugar, entre el río Guadalquivir y el cerro, creo que está lo que busca con tanta firmeza. Allí es donde me parece que coinciden esas marcas grabadas en la piel.

Mientras le conducía al lugar en su coche, observaba cómo el anciano no dejaba de mirar con desatino sobre los alrededores del cerro. Trataba de descifrar algo a través de las siluetas trazadas por los montes en el horizonte. Para tratar de relajar al anciano, le dijo:

—Mi nombre es Manuel, me llamo Manuel y ¿Vd. cómo se llama?

Mirándole fijamente con aquellos pequeños y penetrantes ojos verdosos enterrados en la piel, confundiéndose con las arrugas de su cara morena curtida por los muchos años, respondió en forma susurrante y pausada:—Soy Almanzor —le dijo con una serenidad muy profunda.

Una vez subida la cuesta del Parroso en dirección Cantillana, le invitó a salir del coche, puesto que lo que quería enseñarle caía a su espalda. Por debajo de ellos, el inmenso valle del Guadalquivir. Almanzor, todavía sin volverse, exclamó varias veces:

—Río grande, es el río grande, es pueblo y otro pueblo grande allí también.

Sacando el viejo mapa, lo estiró sobre sus temblorosas manos y girándose siguiendo lo marcado, al levantar la cabeza quedó paralizado. Con su brazo extendido y su dedo índice señalando, de sus adentros le salió un susurro casi sin aliento:

—Almugí —con pasos titubeantes en dirección hacia donde indicaba, seguía susurrando—. Almugí.

Dejándole reposar un buen rato, le comentó Manuel:

—Ese es el Cerro de la Encarnación y la edificación es la ermita de Santa Bárbara.

Almanzor, arrodillado e inclinándose repetidas veces, decía:

—Almugí, es Almugí.

Sin quitar la vista un solo instante del lugar, Manuel le comentó:

—Aquel pequeño reducto de muralla que se ve a la izquierda es lo que queda del castillo.

Al ver su insistencia le dijo, de forma un poco compasiva:

—Bueno, pues será Almugí, pero ¿qué significa para Vd.?

Almanzor, extendiendo las palmas de sus manos hacia arriba y señalando con los brazos, susurraba repetidamente algo como si fuese un nombre, un nombre que le salía del alma en forma difusa. No se le entendía, era como un rezo continuo. Como que algo le apresaba, conmovía y emocionaba intensamente. Dos larguísimas lágrimas surcaron su rostro saltando de pliegue en pliegue, resbalando por sus mejillas sin detenerse. Ni un solo nervio de su semblante era capaz de mover su impenetrable rostro.

—¿Es este el lugar, verdad, Sr. Almanzor?

—Sí, el mismo lugar que me contó mi gente hace muchísimo tiempo.

—¿Y a quién rezaba o a quién llamaba?

Mirándole fijamente, sin mover un solo rasgo de su cara, con voz pausada susurró:

—Llamo a Zoraida.

—Pero ahí, en ese lugar, nunca hubo nadie que no fuesen los ermitaños.

—Sí, sí, está ahí —contestaba en un susurro—. Zoraida está ahí, por fin. ¡Zoraidaaaaa!

De repente se abrió la puerta de su casa de forma inusual, en la oscuridad de la noche, sin iluminación aún en la calle. Un haz de luz en dirección a la oscuridad reflejaba la silueta de su madre en forma alargada y ausente de color. Por un momento algo le inquietó, un halo de aire fresco recorrió su cuerpo como si le suspendieran, algo así debió sucederle también a Pacheco, el guarda, a quien se le cayó la vara de atizar el fuego y por una vez se le retiraron las arrugas de la cara, mostrándola tersa y sin expresión.

Pasados unos larguísimos segundos se oye la voz de su madre:

—Luis, ya es hora de entrar en casa, venga, pregúntale al Sr. Pacheco si le llevo un poco de café.

Sorprendido este por el impacto visual anterior en pleno relato de Almanzor, le respondió con gratitud.

—Hoy no, Sra. Irina, mañana mejor, muchas gracias.

Les sucedió algo raro. Quizás el relato los tenía embaucados y no supieron reaccionar. Algo pasó, aún le duraba ese halo de aire fresco camino de su casa.

—Hasta mañana, que pase buena noche.

—Hasta mañana, amigo —le respondió el guarda.

Amaneció el día, bien desayunado, bien lavado y peinado, tras un repaso a los cuadernos de apuntes, introdujo los libros en la cartera y para el colegio. Con la algarabía de siempre se encontraron todos, cada uno con su grupo y las preguntas pertinentes.

—¿Tú, has traído el balón de fútbol? Y los demás, ¿traéis las bolas?

—Que síiiii, que están aquí. Luego hablamos, os tengo que contar algo.

—Bueno, vale —contestó Carlos.

Aquel día tuvo unas connotaciones distintas a los demás. Lejos de las monótonas clases del profesor, ocurrió, que ya en primero de bachiller,

con casi 11 años, tenían clase de Religión. Por fin cambiaban de profesor, aunque solo fuese un par de horas.

Por primera vez un cura les daba clase: D. Sebas, padre Sebastián, personaje ya mayor, muy conocido y atípico en sus relaciones con el alumnado. Le conocía muy bien, de siempre le llamó por su segundo apellido. Ahora, cuando se ven de tarde en tarde, le recuerda con cariño:

—Luis, qué mal te sentó la penitencia que te puse en tu comunión.

—*Ojii*, D. Sebas, me llevé rezando toda la tarde, siempre la tenía tomada conmigo.

—Hombree, Luis... si te llevaste todo el rato de confesión diciendo: «He matado pajaritos y no obedezco a mis padres». De ahí no había quien te sacara. Parecía que ocultabas algo.

Nada más empezar la clase salió a relucir de repente el atipismo de aquel cura.

Clase de Religión, liturgia; de buenas a primeras llama de uno en uno a toda la clase y anota. Pasados unos instantes de anotaciones y apuntes dice:

—Primera y segunda silla, Pepito y Pepita; tercera y cuarta silla, Manolito y Manolita; quinta y sexta, Juanito y Juanita.

Así a todo el grupo, los emparejó el tío por preferencias individuales y de sexo, inimaginable. ¡Por parejas chico y chica! Se quedaron sin saber reaccionar y con mucho calor en las mejillas.

Todo un éxito, el simple hecho de estar al lado de una chica y para colmo si te gustaba. Sentir su olor e incluso el roce «involuntario» de los codos unido a que las siguientes preguntas serían por parejas. Devoraban el libro para no defraudarse, pasaron de no gustarles la asignatura a sacar un diez en los exámenes.

A la hora del bocadillo, ni balón, ni juego de bolas, ni nada que se le pareciese. Rápidamente surgieron los corrillos y comentarios. Fue toda una experiencia eliminar el tabú chico-chica. Ellos de pequeños compartían juegos, estaban acostumbrados a ello y ahora, en la preadolescencia, seguirían compartiéndolo todo, sin diferenciar sexo.

Después de la merienda en el lugar de encuentro habitual, «las bolas», estaban expectantes. Nadie prestaba atención a la pelota, todos querían

comentar; los mayores, por un lado, los de en medio por otro y los últimos en edad, también.

Empezó Carlos diciendo:

—Dani, no te podrás quejar de quién te ha tocado al lado.

—Ni tú tampoco —respondió—. No has dicho ni pío, solo se te escuchaba decir: «¿Te hace falta la goma?», «¿Quieres mi lápiz?». Y Luis, no veas.

—Qué queréis, me tocó quien me gustaba.

—¡Ya se te notaba! —contestaron a la vez.

—Pues claro. ¿Y a vosotros no os preguntó también D. Sebas?

—Sí, pero con vosotros dos se sabía que caíais juntos.

—Pues mejor. Yo lo que sé es que no he estudiado tanto ni tan seguido nunca.

Deseando estaba que cayera la tarde y ver la lumbre encendida de su amigo el guarda para acudir a ella y... ¡Sorpresa! Carlos y Dani ya estaban allí.

—Hoy te han cogido la delantera —comentó el guarda—. Me parece que aquí pasa algo. A ver, mosqueteros, contadme.

Rápidamente expusieron lo ocurrido en clase, se interrumpían y precipitaban al comentar, dado el entusiasmo de los tres. Su amigo el guarda muy hábilmente les sacó toda la información y, una vez enterado, le gustó la iniciativa del cura, aconsejándoles cordura y buenas maneras para no destruir algo tan bonito.

Entre charlas y comentarios sobre lo mismo transcurrió la tarde noche. Parecía que les habían dado alguna tila, o cualquier otra cosa relajante. No decían nada, solo miraban la intensidad y profundidad del fuego. Tanto es así que por primera vez y con un sobresalto, escuchó decir al señor Pacheco:

—Bueno, parece ser que el día ha sido muy distinto a otros. Esta vez el cura D. Sebas, ese señor que comentáis, ha acertado con una nueva forma de estudio. Debéis saber que una parte muy importante de su formación es la de estudiar a las personas para sacar lo mejor de ellas. Con vosotros no hay lugar a la duda, ha acertado de pleno, así que venga, antes de que os llamen acudid a casa y seguid tan entusiasmados como hasta ahora. El cura lo ha bordado, tenedle en cuenta cuando os aconseje.

Desde ese día empezó una nueva faceta en su vida. Algo le removía su interior, era como un pellizco por dentro del ombligo, pero sin daño. Como una especie de ansiedad por la ausencia de algo y, lo mejor, tenía muchas ganas de comenzar el día de clase.

Pasado algún tiempo, el curso escolar de bachillerato exigía otro tipo de esfuerzo y concentración. Eran unos meses de noviembre y diciembre muy lluviosos y exigentes. Nada tenían que ver las clases con las de doña Amparo, su maestra de siempre. El cambio se notó y había que aplicarse para no quedar atrás, echaba de menos a su amigo el guarda, que además había cambiado su posicionamiento un poco más lejos, bajo el porche de una de las casas de nueva construcción para protegerse y resguardarse de la lluvia y la intemperie. Solo veía la luz de la fogata cuando su madre acudía como casi siempre a ofrecerle su café.

Ya con la Navidad próxima, la ilusión del ensayo anual de villancicos con sus amigos. El movimiento de personas en la iglesia para la instalación del gran nacimiento y ornamentación de la misma a cargo del Sr. Alonso y Rafael, responsables de su montaje y embellecimiento, lo tenía absorto y ensimismado. Tanto así que le invitaban a colaborar de alguna manera.

—Luis, acércame el serrín de color más rojo que hay en aquel saco del fondo.

—Este de aquí es amarillo.

—¡No!, ese no, el del rincón.

—¡Ah!, ¿y por qué dos colores?

—Pues uno para que parezca tierra y el otro, arena del río.

—¿Dónde está el río?

—Mira, ahora me das el rollo de papel plateado y lo verás.

Así transcurrían los días. Participando en todo lo que le dejaban. Acompañándolos también al monte a cortar ramas de lentisco y a recoger musgo de las umbrías, los cuales se ponían con mucho cuidado en canastos con su tierra incluida para mantenerlos. Tenían que pulverizar agua sobre ellos varias veces al día para que no les faltase humedad y

poder seguir viviendo y hasta algún arbusto de madroño, con su fruto y todo, también lo llevaban.

Estaba claro que algo cambió. El juego de las tapas de cajetillas de cerillas coleccionables a modo de cromos, aquellas de las catedrales y edificios emblemáticos, desapareció. Pero también en las chicas, ya no jugaban tampoco con sus cromos, ahora tenían prisas por estar juntos y ya está, parecía como si algo se parase.

De alguna manera ellas evitaban el roce, el contacto físico, sin duda D. Sebas despertó en ellos ese cambio natural que se produce a esa edad. El contacto del codo en la banca de estudios se sentía de otra manera, surgía con mucha frecuencia ese pellizco por dentro del ombligo. Notaban como sus miradas se percataban del cambio en sus amigas, sobre todo en las tetillas. Aquellas dos cositas no estaban antes, ni tampoco la actitud de ellas al cruzar sus brazos e intentar protegerse con cierto rubor de la mirada indiscreta. Definitivamente cambiaron bastantes cosas en cuanto a comportamientos, tales como el interés en los juegos por estar más cerca de este o de aquella.

Debió notarse mucho porque él, que estudiaba en el despacho de su padre en la fábrica a la vez que alternaba prácticas laborales en el taller, se dio cuenta de que las personas que le instruían también cambiaron sus formas de comentar y de preguntar:

—El otro día te vi muy animado con tal o cual chica.

—¿Yo? Qué va, estábamos charlando.

—Pues eso, charlando y muy a gustito.

—Sí, comentábamos cosas de los estudios.

—¿Y quién te gusta más de todas ellas?

—Pues nadie, son todas iguales.

—Pero, alguna habrá que te guste un poco más. Seguro.

—Sí, aunque no sé cuál decirle; bueno, que me tengo que ir, adiós.

A partir de esas fechas, se miraba el bigote y veía pelillos por todos lados, así que empezó también a reclamar los pantalones largos porque ¡ya era mayor!

Cerca del día de Navidad, la primera tarde noche sin obligaciones de estudio ni lluvia, vio cómo su amigo el guarda, con un cartón a modo de soplillo, estaba dale que dale en medio de la humareda para encender su hoguera. Acercándose, le comentó:

—Sr. Pacheco, se va a asfixiar con tanto humo.

—Eso parece, amigo, pero no es para tanto. Lo que pasa es que la madera está mojada y le cuesta encender.

—¿Quiere que le ayude con otro cartón?

—Gracias, pero no hace falta esto, ya mismo sale ardiendo. Por cierto, ¿y los otros mosqueteros?

—Ahora vendrán, hemos quedado aquí con Vd.

—Mira, por allí vienen. Ve preparando los ladrillos para sentaros. ¡Ya tenía ganas de veros!

Una vez agrupados en torno a la hoguera hablaron y hablaron mientras el amigo Pacheco, al que desde hacía tiempo sentía como «su abuelo», observaba con serenidad. Pasado un buen rato y todo en calma, nuestro amigo hurgándose en los bolsillos inmensos de su pelliza dijo:

—Mirad qué casualidad, hoy he traído algo que os va a gustar.

—¿Qué es, Sr. Pacheco?

—Como sabéis vivo en el monte, ahí cerquita de la fuente de La Peregrina. Los madroños ya están maduros y como los arbustos son bajitos los he recogido, están muy dulces.

Extendiendo un envoltorio de papel de estraza con sumo cuidado, aparecieron los madroños rojos, rojos. Tomad, repartíoslos, que están muy ricos.

Carlos rápidamente le pregunta:

—Pero esto dicen que emborracha.

—No, hombre, emborracha cuando comes muchos y aquí solo hay para probarlos.

—Pues en el nacimiento de la iglesia también han puesto plantas de madroño —comentó Dani.

Metiendo de nuevo su mano en el otro gran bolsillo, sacó un montón de almendras recién cogidas, pues conservaban aún el cascabullo y también se las ofreció.

—Coged un trozo de ladrillo para golpearlas y abrirlas.

Así lo hicieron. El dulce de los madroños y el sabor de las almendras eran un auténtico manjar, su manjar, que compartió con ellos. Pasado un buen rato, el bueno de Pacheco les pregunta: